EL INCENDIO DEL VAPOR GÉNOVA Y MANUEL MARÍA BARBENY

Emilio Borque Soria

El 31 de noviembre de 2019 se cumplirán 160 años del incendio del vapor *Génova* en el puerto de Málaga. Un hecho luctuoso que marcó la primera participación del Cuerpo de Telégrafos en la guerra de Marruecos en 1859, en especial en la figura del jefe de la sección telegráfica de campaña que se había formado D. Manuel María Barbery. Hace tiempo que me apetecía publicar un recordatorio de dicho evento, pero al documentarme he visto que los relatos aparecidos en la *Revista de Telégrafos* por aquellos días, guardaban una viveza, dramatismo y cercanía que difícilmente podría igualar, por lo que he decidido trasladar directamente parte de los testimonios de entonces.

En primer lugar, transcribo el relato que realizó en ingeniero D. Rafael Exea "Reseña histórica y estadística de nuestras construcciones telegráficas y hechos más notables" en *Revista de Telégrafos*, (15 de febrero a 15 de julio de 1864). Posteriormente, se completa el artículo con los datos biográficos aparecidos en la misma revista con motivo de su fallecimiento.

CONSTITUCIÓN DE LA SECCIÓN DE CAMPAÑA

Revista de Telégrafos 15 de marzo de 1864

La Dirección general de Telégrafos recibió orden de organizar una sección que provista del correspondiente material de campaña se pusiese a las órdenes del general en Jefe.

[…] La comisión de campaña destinada a marchar al teatro de la guerra, se organizó en Madrid donde se reunió la mayor parte del personal, y estaba dividida en dos secciones; la primera se titulaba de vanguardia, y debía seguir todos los movimientos del ejército de operaciones a las inmediatas órdenes del general en jefe: la segunda se llamaba de reserva y debía quedar en Ceuta, para prestar allí el servicio de comunicaciones con España; proveer a la Vanguardia de personal y material y servir como de intermedio, digámoslo así, para que la primera se comunicase con Madrid en circunstancias dadas. Estas dos secciones quedaron organizadas de la manera siguiente:

SECCIÓN DE VANGUARDIA.

Jefe, el Director D. Manuel María Barbery, que lo era además de toda la comisión.
Subdirector, D. Antonio Villahermosa.

Jefes de estación.

D. Carlos Donallo.

D. Enrique de Benito.

Oficial de sección.

D. Felipe Trigo.

Telegrafistas.

D. José Fuertes.
D. Valentín López Samaniego: especialmente encargado del arreglo y composición de los aparatos.
D. Eduardo Baraja y Mathé.
D. León Peigneux.
D. Guillermo Arévalo.
D. Ignacio Oroz.
D. Francisco Dorado.

SECCIÓN DE RESERVA.

Jefe, el Subdirector D. Casimiro del Solar.

Jefes de estación.

D. Heliodoro del Busto.
D. Luis de la Rubia.

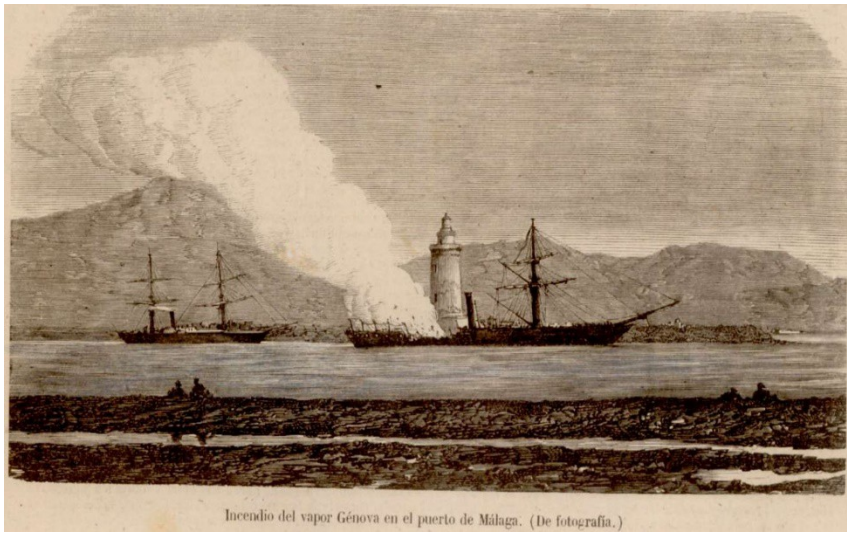
Oficial de sección.

D. José María Álvarez.

Telegrafistas.

D. Vicente Acevedo.
D. Carlos Amirola.
D. Abelardo Pequeño.
D. Leopoldo Pardo.
D. Miguel Garduña.
D. Juan Manuel Soriano.

Este personal sufrió todavía algunas modificaciones antes de entrar en campaña, con motivo, entre otras cosas, de lo ocurrido al vapor *Génova*, y posteriormente fueron destinados los telegrafistas D. Joaquín Rabelo y D. José Vera y el de la misma clase Millet, que ha sido ya baja en el Cuerpo.



Incendio del vapor Génova en el puerto de Málaga. (De fotografía.)

Fuente: *Diario de un testigo de la Guerra de África*, (1859) P. A. de Alarcón. Archive.org

INCENDIO DEL VAPOR *GÉNOVA*

Revista de Telégrafos 1 de abril de 1864

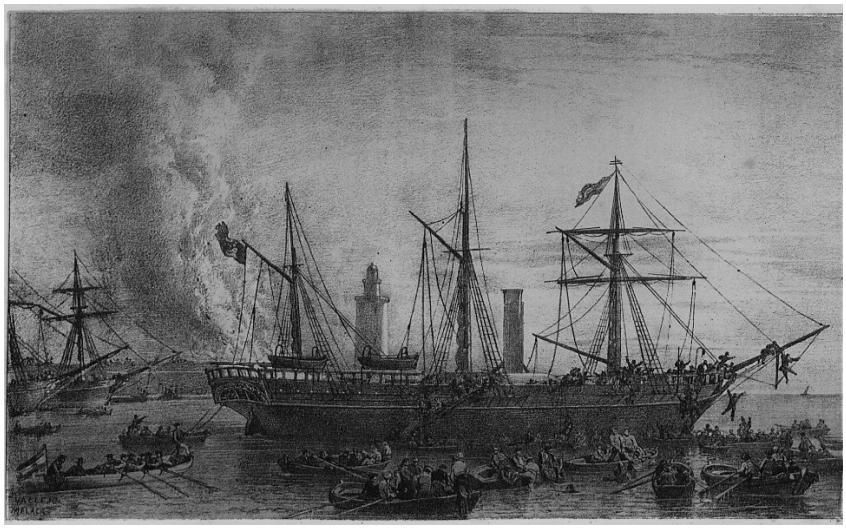
Reunido, como hemos dicho, en Madrid parte del personal de la sección de campaña, entre el que se hallaban los tres jefes que debían mandarla, después de recibir las oportunas instrucciones y uniformarse, salieron de la corte en el tren del ferro-carril de Alicante la noche del 19 de Noviembre del año ya citado de 59, el Director Barbery, los Subdirectores Solar y Villahermosa, el oficial Trigo, el jefe de estación Donallo y los telegrafistas Fuertes, Acevedo, Samaniego, Amirola, Baraja y Mathé, Pequeño, Pardo, Orduña, Oroz y Soriano. El resto del personal de esta sección marchó por distintos caminos a su destino. Los que salieron de Madrid se dirigieron a Alicante y allí esperaron buque que los condujese al cuartel general del ejército expedicionario que se hallaba entonces en Algeciras. En

25 del dicho noviembre entraron en el puerto de Alicante los vapores italianos *Torino* y *Génova* que, debían recibir a bordo tropas y material de guerra para conducirlo a África; los individuos de telégrafos recibieron orden de disponer su embarque en el *Génova*. A bordo de este buque se colocaron sobre 1.600 quintales de municiones, en pólvora y granadas; la mayor parte de estas municiones iba a proa, y el resto que se componía de alguna cartuchería y granadas a popa con algún más material de guerra, el de telégrafos, unos 800 hombres de tropa, los individuos del Cuerpo, que antes hemos citado y 200 acémilas. Listo ya, se hizo el buque a la mar el día 27 a las cinco de la tarde. Sabemos que este vapor pereció con todo su cargamento en el puerto de Málaga, salvándose afortunadamente las personas que iban en él. Al llegar aquí, y ya que de historia tratamos, siquiera sea muy reseñada, creemos el lugar oportuno de referir los detalles de esta terrible catástrofe, donde el Cuerpo de Telégrafos llevó la peor parte; donde recibió su bautismo de sangre, cuando apenas formado enviaba sus representantes a la guerra […].

El 27 de Noviembre [de 1859], según hemos dicho, salió de Alicante el vapor *Génova*, y el 20 entre ocho y nueve de la mañana fondeaba en el puerto de Málaga, después de una navegación feliz; todos los pasajeros se hallaban sobre cubierta con intención de saltar a tierra; el *Génova* además de anclado fue amarrado a los otros buques que se hallaban en el puerto con objeto de disminuir su movimiento; Barbery, Solar y Villahermosa tenían un mismo camarote, y a él había bajado el segundo para tomar algunos objetos antes de ir a tierra; Barbery, que tenía que presentarse a las autoridades de Málaga para recibir órdenes, bajó también al camarote para recoger los documentos que necesitaba, y al entrar en él salía Solar; Barbery entró, juntó la puerta y se puso a buscar sus papeles: eran sobre las nueve y cuarto de la mañana, y hallándose ocupado en entresacar los que le hacían falla, una detonación, parecida a la de un obús, dentro del buque, le dejó sordo por algunos segundos; el camarote se llenó de objetos encendidos y la violencia de la explosión o un proyectil lanzado, derribó un grueso madero, que, dando á Barbery en la cabeza le rompió el hueso frontal, arrojándole además sin sentido sobre un montón de escombros en combustión. Todavía se ignora la causa de esta explosión, que tuvo lugar a popa, donde, como hemos dicho, iba la menor cantidad de municiones; pero se cree que alguna pólvora derramada de un cajón de cartuchería de fusil, inflamada, no se sabe cómo prendió las granadas, cuya explosión fue la que Barbery oyó; los que se hallaban sobre cubierta no dan más detalles que la abertura de un gran boquete y la salida por él de fuego y cascos de granada. Solar subía en el momento de la explosión la escalera que conducía del camarote a cubierta, pero no le sucedió nada, y llegó felizmente arriba; el boquete se abrió a los pies de Villahermosa y de otros varios que había con él hablando, siendo todos arrojados con violencia contra la obra muerta del buque. La voracidad de las llamas hizo volver en sí á Barbery, que se levantó con la frente rota, abrasada la cara y las manos, y toda su ropa quemada; en este estado se dirigió a la puerta del camarote para intentar salir por ella, pero estaba obstruida por multitud de objetos ardiendo, y además la explosión de las granadas, unas tras otras, continuaba sin cesar: todo el ámbito del buque era cruzado por una lluvia de cascos de granada y era imposible intentar por allí la salvación, el aire sofocante é irrespirable de aquel estrecho recinto ahogaba ya a Barbery, que se retiró a un rincón del camarote, procurando huir de la influencia de aquella atmósfera mortífera.

Desde el momento en que se declaró el fuego en el *Génova*, los buques anclados en el puerto cortaron las amarras que les unían a él, levaron anclas y tomaron la mar; las lanchas que se habían aproximado para recibir los pasajeros se separaron también, y el vapor quedó solo, entregado a su trágica suerte. El trance era crítico, los momentos preciosos; era preciso salvar, primero las personas, después el cargamento, si se podía, y cuando esto último no, por lo menos debía evitarse que el fuego que empezó en la popa, ganase la proa y se prendiesen los 1,600 quintales de pólvora que allí había, en cuyo caso las desgracias hubieran sido sin cuento, y hasta las casas próximas al puerto hubieran padecido horriblemente; para conseguir esto último, no había más remedio que echar el buque a pique, cuando ya no quedase más que el cargamento.

Constituidas las autoridades de Málaga en el muelle en el momento do la catástrofe, se esforzaban por hacer llegar lanchas al *Génova* que salvasen la gente; pero nadie se atrevía a arrimarse a aquel foco fulminante que amenazaba con la muerte al que se aventurase en su esfera de actividad; por fin se consiguió que se aproximasen las lanchas, que empezaron por recoger algunos que en los primeros momentos se habían tirado al agua y andaban por allí algo expuestos, especialmente los que no sabían nadar, recibiéndose también los que permanecían en el vapor. Barbery desde su rincón oía las voces y corridas de los 800 hombres de tropa que se hallaban abordo y se precipitaban por echarse a las lanchas, siendo contenidos por sus oficiales, para que esta operación se hiciese con orden y todos se salvasen sin lesión y como así se verificó; y pensaba que a nadie se le ocurría que él estaba allí, ni tampoco intentaría ni podría ninguno de sus compañeros de desgracia prestarle ayuda para salir de aquella tumba incandescente, que de un momento a otro iba a consumirle: visto que no tenía más remedio que morir, se resignó a su suerte; […] un vislumbre de esperanza le hizo intentar el último esfuerzo, y alzando la vista vio que entraba luz por la portilla del camarote; solo quedaba él en el buque; un momento más y los barqueros, que todavía permanecían al costado, creyéndole muerto, se retiran y no le queda ya recurso; era preciso ganar la portilla y a ello se decidió Barbery, aunque con toda la cabeza inflamada, las manos hechas pedazos y casi toda su ropa convertida en cenizas; para esto tenía que subirse a la primera litera, después a la segunda y desde allí ya era fácil asomarse por la portilla; mas como las tablas estaban carbonizadas no pudieron sostenerle y por tres veces cayó sobre los maderos encendidos; se vio en la precisión de deshacer con sus pies la parte carbonizada, y la cuarta vez ya pudo colocarse sobre la segunda litera, donde había pasado las dos noches anteriores; la portilla era un orificio circular, de un pie de diámetro y por él sacó primero el brazo derecho; pero al querer introducir la cabeza, inflamada como estaba, apenas cabía por allí, y la presión que hizo para conseguirlo fue causa de que se desprendiese todo el cuero cabelludo y parte del tejido celular que cubría el cráneo, cayendo sobre él parietal izquierdo: el aspecto que presentaba la cabeza de Barbery y la copiosa sangre que arrojaba horrorizó á los barqueros que debían sacarle, y estos hombres, a pesar de su deseo, tuvieron que aconsejarle que se volviera a meter y se desnudase, pues de otro modo era imposible que pudiera salir por aquel agujero; así lo hizo, empezando por quitarse el cinturón del sable, valiéndose para ello de los codos, porque las manos no, le servían ya para nada; el poncho se desprendió de un tirón, pues estaba todo quemado y no había necesidad de quitar los botones; así, en mangas de camisa, y después de no pocos esfuerzos, pudo sacar fuera de aquella portilla la mitad del cuerpo, quedando a la parte de adentro desde las caderas a los pies, sufriendo la influencia de las llamas del interior; entonces le cogieron los barqueros por los antebrazos y empezaron a tirar de él con toda su fuerza; al tirón diez y siete o veinte cayó en el fondo de la barca, salvándose así, casi por milagro; mas como cabía muy mal por aquel orificio, se le deshizo la cadera derecha.



Autor: José Vallejo. Fuente: Crónica de la Guerra de África, (1859) Emilio Castelar. Biblioteca Digital AECID.

Salió con el sable colgado del brazo izquierdo; todavía conserva este sable; no dejaremos tampoco de consignar aquí un voto de gracias á los valientes barqueros, que despreciando el peligro que les amenazaba permanecían al costado del buque con la esperanza de salvar al único hombre que aún faltaba. Barbeny les pidió que le pusieran sobre cubierta, con el objeto de intentar el rescate del material de telégrafos que iba a bordo; como es natural no lo hicieron caso, y al querer colocarle en una camilla para conducirle al hospital, la rehusó y quiso ir por su pie, cómo lo verificó a buen paso, sostenido por dos hombres de la barca, entrárenlo en el hospital de sangre de Nuestra Señora de la Merced de Málaga el mismo día 29 a las once de la mañana: dos meses después presentaban á Barbery una cerilla encendida cerca de los ojos; no veía su resplandor; estaba ciego, como continúa hoy, pero feliz hasta donde es posible en medio de su desgracia, por su conformidad cristiana. No fueron más afortunados, aunque no tan desgraciados, los telegrafistas Fuertes y Acevedo, que en un camarote contiguo al de Barbery sufrieron casi la misma suerte, salvándose el primero por la lucerna del comedor y el segundo por la escotilla. Ya estaban en el hospital cuando llegó Barbery; se curaron antes que él y todavía volvió a campaña uno de ellos, Acevedo. El telegrafista Oroz salió también herido, aunque levemente, cortándose la cara con los cristales de una ventana que rompió con la cabeza para salir.

Salvada toda la tripulación del Génova, y como el fuego iba ganando terreno amenazando la voladura del buque, fue echado pique por medio de algunos balazos de canoa dirigidos a la raya del agua; a las dos de la tarde desapareció el peligro; el Génova ha sido después deshecho y extraído.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

Revista de Telégrafos, 15 de febrero de 1873. p. 48-50.

Manuel María Barberi nació en Madrid el 12 de agosto de 1824 dentro de una acomodada familia que le permitió adquirir desde pequeño una esmerada educación. Entre los años 1836 y 1838 estudió latín y humanidades, cursando posteriormente tres años de filosofía. Una vez obtenido el título de Bachiller en Artes, emprendió en 1843 los estudios preparatorios para el ingreso en la Academia especial de Ingenieros del Ejército llegando al grado de Subteniente, pero debido a su delicada salud tuvo que abandonar la carrera militar en marzo de 1845.

Este cambio forzoso en su plan de vida, reforzó su interés por la ciencia entregándose al estudio mientras que trabajaba en el archivo de la Cámara de Castilla, asistiendo a las cátedras de Química General, Historia Natural y Griego en la Universidad Central y ejerciendo la enseñanza de Matemáticas en academias particulares. En esta época de su vida conoció a Sofía Casiana González y Salvador, con la cual contrajo matrimonio el 25 de diciembre de 1850.

Por los años del 49 al 52 obtuvo Barbery diferentes Títulos académicos, tales como el de Regente de Ciencias exactas, el de Director de Caminos vecinales y canales de riego y el de Maestro de obras de la Academia nacional de San Fernando, y estuvo dedicado a los trabajos propios de estas profesiones. Ingresó en el Cuerpo de Telégrafos el 20 de diciembre de 1856 con el cargo de Subdirector de segunda clase, destinado a la Dirección General. Desde esta fecha hasta el año 1859 desempeñó trabajos y comisiones de importancia; fue vocal de la Junta de exámenes de Subdirectores y sirvió en Calalayud, en Zaragoza y en las primeras secciones de Cuenca y Galicia.

Estando en Zaragoza como Director de Sección, sobrevino la primera guerra de África entre España y Marruecos y el Director General de Telégrafos José María Mathé organizó una sección telegráfica de campaña asignando como jefe a Manuel María Barbery. Barbery partió con dicha sección del puerto de Alicante en el vapor Génova, llegando a Málaga el 29 de noviembre, donde ocurrieron los desdichados hechos antes relatados.

Imposibilitado desde este momento nuestro desgraciado compañero para continuar desempeñando en Telégrafos las funciones propias de su cargo, se vio precisado a solicitar su retiro que, en atención a sus méritos y grandes servicios, le fue concedido con todo el sueldo y la categoría de Director de Sección de segunda clase.

A pesar de perder la vista, Barbery volvió a dedicarse a la enseñanza de las Matemáticas. Servido fielmente por su prodigiosa memoria y su gran imaginación, y pertrechado con sus profundos conocimientos en las Ciencias exactas, explicaba en la Academia de su cargo la Aritmética, el Algebra, la Geometría, la Trigonometría y el Algebra superior. Consagraba a estas tareas ocho horas diarias, y era tal su afición al trabajo que, al dejar su cátedra, aún se encontraba con gusto y ánimo suficientes para escribir, traducir y anotar obras de matemáticas. No paraba aquí su afán por la enseñanza, y daba conferencias de «Historia de la Telegrafía» en el Ateneo científico y literario.

Barbery estaba condecorado con la medalla de África; era Comendador de la Real orden americana de Isabel la Católica y miembro de la Sociedad económica matritense de Amigos de País. Las obras que ha dejado escritas pueden clasificarse en originales y traducidas. Entre las primeras se cuentan: la «Aritmética explicada a los niños» los «Principios de Aritmética» y los «Ejercicios de Algebra» obra que publicó después de ciego, y que debía formar cuerpo de los «Ejercicios, problemas y discusiones sobre diversas partes de las Matemáticas elementales» que se proponía dar a luz. También ha dejado escritos en parte los ejercicios de Aritmética correspondientes a esta obra, y unos preciosos apuntes inéditos de un «Tratado de Telegrafía» que al perder la vista tenía ya preparados, aunque sin coordinar, las obras que tradujo son: «Lecciones de Geometría, con algunas nociones de la descriptiva» por Círodde, segunda traducción, corregida, anotada y adicionada por el traductor; «Elementos de Trigonometría rectilínea y esférica» por Cirodde, y «Elementos de Geometría analítica» por Sonnet y Frontera.

Falleció el 2 de febrero de 1873 a consecuencia de los achaques por las secuelas que el incendio del vapor *Génova*.